

SUCRE ...

ADALID SIN MACULA DE LA LIBERTAD

Brigadier General Gabriel Puyana García *

*Homenaje a Antonio José de Sucre,
Mariscal de Ayacucho, en el bicentenario de su nacimiento.*

SUCRE

I

*"El Mariscal subía la marmórea escalera"
"Radiante la mirada, sereno el caminar"...
"A su brazo una dama se engarzaba ligera;
"Sus cabellos el oro, sus pupilas, el mar!"*

II

*"De súbito en un giro la rubia cabellera"
"Soltó sus ligaduras tras lento rebalar"
"Y el oro de trenza y el de la charretera"
"Juntaron sus fulgores en un fulgor solar"*

III

*"Más noble que en la arenga, más dura que en la hazaña",
"Más bella que en los días del sol de la campaña",
"Se iluminó de gloria la fuerza del Mariscal..."*

IV

*"Ella ensayó un murmullo de tímidos asombros"
"Y el Héroe dijo raudo: jamás sobre mis hombros"
"Cayó señora el peso de un homenaje igual..."*

Andrés Eloy Blanco

* Secretario, Miembro de Número de la Academia
Colombiana de Historia Militar.

Es Eloy Blanco el poeta venezolano, quien en estas catorce líneas de su magistral soneto, plasma la galanura de quien fuera el más pulcro paladín de nuestra gesta, al relatar la anécdota del héroe cuando se aprestaba a subir la escalinata del palacio colonial de Lima, para recibir el homenaje de sus conciudadanos en justo reconocimiento a sus méritos de guerrero invicto que con su acero había logrado conquistar la Libertad.

No es fácil tarea resumir la vida de quien tras la aureola de su gloria rubricada por el dolor que aún hoy en día persiste ante la ignominia de su martirio, llegara a ocupar su indiscutible sitio al proyectarse como una de las más insignes figuras de la independencia suramericana.

Son numerosas las obras históricas, así como los ensayos literarios que a lo largo de más de siglo y medio nos permiten acercarnos a la vida de Sucre como factor decisivo en el éxito de la empresa de la emancipación.

Para trazar esta breve semblanza nos hemos valido de algunos de ellos tanto de su época, como de contemporáneos que resultaría prolijo enumerar, pero cabe advertir que en primer término, hemos recorrido

a la monografía que sobre su subalterno escribiera el propio Bolívar en un gesto de significativa distinción que lo enaltece sobre sus compañeros de armas. Sin embargo, justo es conceder el debido crédito a historiadores que como Lecuna, Rumazo González, Martínez Delgado, Reynales, Grisante y Restrepo Canal nos han dado, al volver a leerlos, las bases necesarias para hacer la remembranza de este personaje que el Libertador proclamara como el "Abel de América".

Es el 3 de febrero de 1795 en la señorial aldea de Cumaná donde abre sus ojos a la vida este varón egregio. Lleva en su sangre el compromiso de sus ancestros dentro de esa concepción de la filosofía China de que la verdadera nobleza debe proyectarse hacia atrás y es por ello que sus realizaciones nos llevan a remontarnos a quienes fueron sus progenitores, entre otros, por su origen francés a Godofredo de Sucre, Vizconde de Tolosa, como a Carlos, su bisabuelo, nombrado por el Rey de España Gobernador de Santiago de Cuba, y luego a su padre don Vicente, que inicia en la familia radicada ya en Cumaná la tradición militar, al obtener el grado de general cuando su hijo ya se había iniciado en la milicia.

Su tío José Manuel, desde 1812 ejerce cargos de importancia tanto

en Cumaná como en Caracas donde llega a ser Secretario de Estado del Gobierno del General Mariño. Por su mediación, ingresa prácticamente adolescente a la Escuela de Ingenieros Militares y es alumno del Coronel Español Tomás Mires. Sus estudios en matemáticas le permiten distinguirse en estas disciplinas que evidencian su brillantez intelectual.

A los quince años se incorpora al Ejército como oficial de las milicias reguladas y se le asigna al cuerpo de ingenieros mientras su padre comanda las tropas de caballería. Con pocos meses de entrenamiento sale con su batallón hacia el occidente de su patria para integrar las fuerzas criollas que los patriotas han improvisado a órdenes del General Miranda. Empieza así esa parábola rutilante de su trayectoria militar que durante cerca de tres lustros lo habrá de encumbrar por los caminos de la fama... se interrumpe por un tiempo, para luego volver a vestir sus arreos y rematar con la victoria de Tarqui en 1829, ese quehacer de soldado que al exaltarlo como mariscal, le otorga el más alto galardón de los jefes de la Colombia grande.

En esa primera etapa vive la intensidad de la lucha en Venezuela; sirve a órdenes de Mariño y de Bermúdez y cuando las hordas de Boves colman de sangre las llanuras ardientes de

su patria, después del fugaz triunfo de Bolívar en la "Campaña admirable" deja su suelo nativo para buscar primero refugio en Margarita y luego dirigirse a Cartagena al haber logrado sobrevivir en un naufragio aferrándose a un baúl, lo que habrá de permitirle cumplir su altísimo destino.

Allí en la ciudad amurallada colabora con el Coronel Lino de Pombo en su condición de ingeniero militar en las obras que se improvisan para reforzar las defensas de esta plaza heroica. Y cuando todo se derrumba, se embarca hacia Haití, para no caer prisionero y poder seguir combatiendo por la libertad.

El nimbo de su gloria militar jalonado por sus triunfos de Pichincha, Junín y Ayacucho hace que cuando se mira su vida, ésta aparezca sólo en sus perfiles de guerrero y pasen a un segundo plano las demás facetas de su personalidad avasalladora y subyugante. La clarividencia de Bolívar le hace apreciar sus condiciones de liderazgo así como su tacto, su finura y su argucia de bien, para cumplir misiones diplomáticas. Y es precisamente por ello que le confía la difícil tarea de propiciar un entendimiento con Mariño al igual que con Bermúdez, quienes a raíz del fusilamiento de Piar, con sus veleidades y ambiciones hacía imposible que se pudiera organizar el Ejército bajo un solo mando unificado.

Bolívar expresó alguna vez *"que la grandeza de un jefe estaba en la capacidad de unir a los hombres"* y así pudo él demostrarlo; pero no se conoce bien cuál fue la colaboración de Sucre en esta difícil labor de buscar el acuerdo entre los altos jefes que era indispensable para obtener la cohesión en la lucha y contrarrestar los esfuerzos aislados.

Esa intuición propia del genio, como lo relata O'Leary en una de sus tantas anécdotas, le permitió comentarle a su edecán cuando vio que aquél se le aproximaba:

"¡Es Sucre, uno de los mejores oficiales del Ejército. Por extraño que parezca", "no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a la "luz", persuadido de que algún día me rivalizará...".

Y así lo habría de hacer, con esa generosidad propia del Libertador que sólo le interesaba rodearse de los mejores, para que pudieran prestar sus servicios a la causa sin detenerse a considerar el riesgo de una posible emulación futura.

El triunfo de Boyacá por sus grandes repercusiones estratégicas y políticas constituye sin lugar a duda, la base inicial de esa marcha indetenible hacia la definitiva liberación del hemisferio. Con razón expresa Bolívar:

Habrán otros "Boyacás" en "Venezuela" y Carabobo viene a comprobarlo.

Cuando el pacificador Morillo propicia la humanización de la guerra es a Sucre a quien Bolívar confía esta difícil gestión. Con Gabriel Pérez y Pedro Briceño, es designado para negociar la tregua. Sucre de su puño y letra redacta los tratados del 24 y 25 de noviembre de 1820 y años más tarde en una de sus cartas el Libertador registra con la emoción de su gratitud, este concepto: *"Ese tratado es digno del alma de Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho"*. En el texto de esos acuerdos se estampó el espíritu ecuaníme de su redactor quien había expresado alguna vez, que la *"Justicia debía ser la misma antes de la batalla, que después de ésta"*. Esa generosidad con los vencidos y su disposición a perdonar, serán otros de los más característicos rasgos de su hombría de bien, ajena a la ruindad y a las retaliaciones de quienes no merecen llevar el título de soldados.

Una vez consolidada la independencia de la Nueva Granada y de Venezuela, Bolívar comprende que mientras no se expulse del suelo americano las fuerzas realistas que aún mantienen sus pendones reales en las montañas del sur de Colombia, en el Ecuador

y el Perú, no obstante los logros obtenidos por San Martín, no se podrá asegurar la autonomía de las nuevas repúblicas y se decide a seguir en el cumplimiento de su destino. Y escoge a Sucre porque sabe que en él podrá delegar la culminación de su obra.

La misión es difícil. Primero tendrá que destruir la resistencia de los fieros pastusos. El historiador colombiano Sañudo es duro en sus juicios, pero la posteridad se encarga de rectificarlo. Reemplaza al General Valdéz en el mando del Ejército del Sur que es sólo una montonera desorganizada y carente de recursos. Se embarca en Buenaventura para dirigirse a Guayaquil que duda entre aceptar la ayuda de las tropas colombianas o las del protector del Perú.

El poeta José Olmedo que preside la junta de gobierno del puerto, se muestra más partidario de recibir la ayuda del Perú. Pero el apoyo de otros miembros de dicha junta, hace que se prefiera a Colombia. Con grandes dificultades Sucre se dirige hacia Cuenca. En *"Yaguachi"* como él mismo lo expresa, queda libre Guayaquil bajo el "Escudo de Colombia" pero los reveses de la fortuna, lo llevan días después a vivir la afrenta de la derrota en el Campo de "Huachí" cuya total responsabilidad asume por los errores

cometidos por el Coronel Mires, su subalterno que en una maniobra temeraria causa el fracaso del Ejército. Sucre no se arredra, sus efectivos se diezman y se reducen al mínimo. Informa al Libertador de su vergüenza pero le promete resarcirse de ella y así corta en las faldas del Pichincha los gajos de laurel que le acreditan su triunfo con el doloroso sacrificio de sus hombres entre otros de Abdón Calderón; pero también desde allí empieza a ser definitiva la bizarria de Córdova. Luego viene Junín: El ímpetu de los centauros hace que sólo refuljan las lanzas y los sables. Ni el grito de los fusiles, ni el tronar de los cañones se hace necesario ante el alud de sus jinetes que preparan con su victoria la próxima hazaña del Condurcunca. En la batalla Sucre rescata al General Necochea que había caído prisionero de los realistas.

Bolívar le confía entonces una tarea que Sucre no recibe con agrado; es la de recoger los rezagados que después del triunfo de Junín se dispersaron por los caminos. La demora en recibir los refuerzos de Colombia hace comprender al Libertador que tiene que valerse de todos los hombres que pueda recuperar para compensar su inferioridad numérica frente a los hispanos. Con la franqueza propia de su carácter Sucre herido en su susceptibilidad le escribe a su jefe:

"Yo he sido separado de la cabeza del Ejército para ejecutar una comisión

que en cualquier parte se confía cuando más a un ayudante general".

Pero no es solo por el celo de su prestigio que actúa así. Es por esa reciedumbre de su personalidad que años más tarde también habrá de mostrarse cuando a pesar de su lealtad y afecto por el Libertador le manifiesta su desacuerdo por la presidencia vitalicia que incluye en la Constitución Boliviana. Bolívar comprende que lo ha lastimado y con firmeza pero con su habitual generosidad le contesta:

"¡Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento. La comisión que le he dado a usted la quería yo llenar; y pensando que usted lo haría mejor que yo por su inmensa actividad, se la conferí a Usted más bien como una prueba de deferencia que de humillación. Usted sabe que yo no sé mentir!"...

Y más adelante en la misma misiva le agrega:

"La gloria está en ser grande y en ser útil. Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del Ejército, yo me iré atrás, para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí".

Esa era la relación epistolar entre dos prohombres.

Es por ese entonces que Bolívar recibe una dolorosa afrenta. El Congreso de Bogotá donde se urdían las

maquinaciones propias de las falacias políticas resuelve mediante una ley despojar al Libertador del mando del Ejército del Sur, que ya por su propia iniciativa y decisión el Libertador había confiado a Sucre como consecuencia de sus quebrantos de salud sufridos en Patevilca. Al saber la noticia Sucre reacciona de inmediato en favor de su jefe. Reúne a sus oficiales y le escribe una carta de protesta por lo que califica como una "injuria atroz" y también redacta una comunicación que suscriben sus subalternos en la que hace fuertes críticas al Cuerpo Legislativo, pero Bolívar no informa al Congreso de esta manifestación en su gesto de lealtad hacia su subalterno.

Desde varios meses atrás Bolívar había decidido delegar en Sucre la responsabilidad del mando del Ejército mucho antes que llegara la comunicación de Bogotá. En una carta con una modestia que no era propia de su personalidad le había dicho a Sucre:

"Yo ruego a usted mi querido general que me ayude con toda su alma. Sino es usted, no tengo a nadie que me pueda ayudar con sus auxilios intelectuales"... y como acertadamente anota el historiador Rumazo González, Sucre se entregó por completo a atender, esa demanda angustiosa, pero sin caer en el "incondicionalismo" y así cuando le pide que comande

la tropa para atacar en Trujillo a Riva Agüero que había demostrado su traición al pretender actuar en connivencia con los españoles, se niega y le dice:

"Hemos venido de auxiliares de los peruanos y no debemos mezclarnos en sus partidos domésticos; para eso no cuenta usted conmigo".

Porque en esos momentos Bolívar no solo tenía que vivir la amargura de la actitud del Congreso de Colombia sino que se desesperaba ante las escisiones internas de la nación que pretendía libertar. La cabeza del otro bando en que se había dividido este país, Torres Tagle, le había propuesto a Canterac que se asociara con él para *"expulsar a los auxiliares colombianos, chilenos y argentinos y restablecer así la paz monárquica en el Perú"*.

De ahí que la grandeza de Bolívar y de quienes lealmente secundaron su obra fue la de emancipar unos pueblos en donde muchas de sus gentes fanatizadas por los frailes españoles en la concepción mística del derecho divino de los reyes se pusieron al servicio de las banderas del monarca porque preferían mantener su condición de vasallos y seguir llevando las cadenas de la opresión, lo que llevó a convertir la guerra de la independencia en un conflicto civil de carácter fratricida no solo

por la conducta muchas veces indiferente y apática de las masas populares sino por la decisión de éstas a respaldar a las tropas peninsulares. Pero lo grave fue que también un buen número de los dirigentes que constituían las élites, en su ambición de poder estuvieron dispuestos a traicionar la causa libertadora como ocurrió en el Perú con los Riva Agüero y los Torres Tagle que por sus vinculaciones de sangre con la corona española (los dos eran de origen noble) sin ningún pudor entraron en acuerdos con sus adversarios.

Y llega la victoria final que más tarde habrá de rubricarse con el triunfo de Padilla en el combate naval de Maracaibo. Es en Ayacucho donde se aniquila para siempre el dominio de España en toda la América. Seis mil patriotas derrotan a nueve mil monarquistas. Cuatro horas dura la acción. Más de seis mil prisioneros entre ellos el propio Virrey La Serna, los Mariscales Valdes, Carratala, Monet y Villalobos, 10 generales de brigada, oficiales de todos los grados y numerosos cuerpos de tropa, caen en poder de los republicanos. Sucre es ascendido a mariscal, pero también en un gesto inolvidable, se despoja de sus charreteras para imponérselas a Córdova al promoverlo a General de División mientras persiste el eco de su grito inmortal de "PASO DE VENCEDORES" allá en las laderas del Condurcunca.

Y cuando el vencedor se dirige a Bolívar para informarle del éxito, le expresa:

"Por premio para mi, pido a usted me conserve su amistad..." y el Libertador le responde: "Mi querido general llene usted su destino, ceda usted a la fortuna que lo persigue".

Colombia regala a Sucre una espada de oro. El Perú le destina un millón de pesos que Sucre distribuye entre sus oficiales y sus tropas. Pero como lo observa el historiador Rumazo ya citado, la mayor distinción que el nuevo mariscal recibe son estas frases consagratarias de su jefe:

"Nadie ama la gloria de usted tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación con la vida de usted hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia le doy a usted cuanto merece".

La América ha sido liberada. Ahora corresponde a los forjadores de la nacionalidad que hicieron la patria en los campos de batalla, dejar sus arreos militares y pasar a cumplir el roll de los políticos. Infortunadamente la tarea es difícil porque no existen dos quehaceres más antagónicos y diferentes que el que cumple el líder militar frente al del conductor político. El primero se inspira en el sentido del honor, de la verdad, en esa pasión

emocionada de la gloria... en el segundo, juega la componenda, la argucia y no pocas veces la mentira. Daudet el escritor francés lo expresará más tarde en términos exactos al exclamar: *"¡Te odio oh! ¡política! porque eres injusta, grosera, escandalosa y charlatana, porque eres el gran disolvente de las conciencias, porque haces adquirir el hábito de la mentira y del subterfugio, porque has conseguido matar en el corazón, la nobilísima idea de la patria"... y la milicia según el decir de "Calderón de la Barca" "no es más que una religión de hombres honestos".*

Por eso nos duele que con inusitada frecuencia se intente explotar la frase, de un soldado colombiano cuando expresara que *"La Patria debía estar por encima de los partidos"* porque esta verdad solo se cumple cabalmente en los hombres de armas y el querer aprovecharla para encubrir móviles distintos, constituye una falacia demagógica que resulta contradictoria ante la actitud de supeditar el interés de la nación, a las conveniencias de un partido como en realidad sucede, o al logro de las ambiciones personales orientadas al incremento de un frágil prestigio cuando no al afán de los enriquecimientos fáciles.

En honor al padre de la patria nace la nación que lleva su nombre y corresponde a Sucre ser su presidente para acceder al ruego que le hiciera

Bolívar... y frente a esa responsabilidad deja el ejemplo de la pulcritud, de la delicadeza, de la eficiencia del gobernante y del decoro. No le arredra que en Chuquisaca resulte herido al querer deponerlo sus enemigos. Otra vez su magnificencia se muestra en su generosidad y en el perdón hacia sus frustrados victimarios.

Los egoísmos, la ambiciones propias de la mezquindad y la falta de grandeza hacen crujir la unidad de los pueblos liberados bajo una sola bandera. Resultamos demasiado pequeños para tener esa Patria Grande que Bolívar concibiera en sus anhelos de hombre superior. En último esfuerzo por superar la crisis, Sucre preside el "Congreso Admirable" de 1830 en Bogotá, que por su brillante gestión recibe este nombre. Se desplaza por el país, y por su tierra natal en busca del advenimiento, pero sus esfuerzos como los de Bolívar resultan estériles. Ya se han carcomido los cimientos de Colombia La Grande. Apesadumbrado ante la partida del Libertador, se dirige a su hogar que durante mucho tiempo ha tenido que dejar solo para atender sus deberes de soldado. En Quito le espera su esposa Marina Carcelen que no obstante su título nobiliario de "Marqueza de Solanda" no merece siquiera el epíteto de dama. Su matrimonio con esta mujer como habría de confirmarlo la historia, sería la más funesta equivocación

de su vida. Pero tiene el anhelo de tener en sus brazos a su pequeña hija de la que no ha podido disfrutar.

Y emprende su último viaje en cumplimiento de su destino fatal. En la montaña de Berruecos. Se oye un Grito:

¡Ay Balazo! "Las balas asesinas destrozan su cráneo. Uno de sus panegeristas el obispo Federico González citado por el historiador Rumazo", anota con propiedad que si Sucre hubiera logrado pronunciar otras palabras cuando se le escapaba la vida, éstas hubieran sido para perdonar a quienes en forma tan vil y cobarde perpetraron ese monstruoso crimen.

Pero en Berruecos no solo se ultima al más noble de los capitanes de la gesta libertaria. De allí surge un segundo crimen: la trama de una ignominia para encubrir a los verdaderos culpables que eran quienes habrían de salir favorecidos con la impunidad del delito. Una infortunada frase de Bolívar bajo el impacto de la noticia cuando la conoce en Cartagena en su marcha hacia San Pedro Alejandrino da base para que los adversarios políticos del General Obando, traten de acomodar las circunstancias a fin de inculpar a este otro prohombre granadino. El principal esbirro, el Coronel Morillo se contradice en sus declaraciones una y otra vez.



Flórez acusa a Obando y a su vez éste lo denuncia. Las últimas palabras de Morillo antes del fusilamiento llenan de aprobio a Obando; pasará mucho tiempo hasta que las investigaciones del historiador Ricardo Grueso, transcritas por A. J. Lemos Guzmán siembren la duda de si efectivamente fue fusilado el asesino de Sucre o si apenas se simuló su ejecución con el compromiso de que hasta el último momento se inculpara a Obando. Interesados ante esta incertidumbre hace algunos años nos comprometimos de lleno en revisar todos los registros parroquiales de las iglesias de Bogotá donde debía figurar la partida de defunción del reo... y ésta no apareció. Con la salvedad de que pudo haberse incinerado en el incendio de la Iglesia de la Veracruz, donde es posible que se hubiese registrado, podemos expresar que

se reafirma la duda sobre esta leyenda, ya que era en la Catedral donde se sentaban dichas partidas y más tratándose de una ejecución tan trascendental como la del victimario de Sucre. Por eso debemos reconocer que ese crimen horrendo sirvió también para empañar el prestigio de uno de los grandes de Colombia, el General Obando!

Hoy cuando nos inclinamos reverentes ante el recuerdo imperecedero del héroe de Ayacucho, hacemos un esfuerzo para no caer en la costumbre tropical de deshumanizar a nuestros grandes hombres en el intento de edificarlos, como ocurre, con el uso excesivo de los adjetivos que se traduce en un palabrerío cursi que hiere nuestra sensibilidad y nuestros oídos ante el torrente desbordado de los términos. ¡Sucre no necesita de palabras! Su

figura se yergue como paradigma de la pulcritud, de su desprendimiento de soldado, de su delicadeza de gobernante, tan insólita en los días contemporáneos, cuando con muy contadas excepciones se evidencia que a la gran mayoría de los gobernantes solo les interesa el poder para usufructuar sus prebendas y colmar sus apetitos prosaicos, olvidándose de las necesidades de quienes los eligieron. Sucre fue el magistrado íntegro, el hábil diplomático, el hombre culto que en toda sus gestiones supo demostrar la brillantez de su criterio. Como lo observara uno de sus biógrafos, *"su espada fue tan útil como su cerebro"*.

En la emoción de la amargura que nos sobrecoge, para cerrar estas palabras queremos repetir, más con el corazón que con los labios aquellas frases de su epitafio:

*"AQUI YACE ANTONIO JOSE DE
SUCRE ENTERRADO EN LA
NIEBLA, OYENDO CRECER LA
SOLEDAD, EL TIEMPO NO PODRA
BORRAR SU NOMBRE... ¡ANGEL
BREVEAMENTE HUMANO, VOLO
MAS ALTO QUE SUS ALAS!..."*

BIBLIOGRAFIA

- MARTINEZ DELGADO, Luis. Berruecos. Editorial Bedout, Bogotá. 1975.
- OBANDO, José María. General. Apuntamientos para la historia. Editorial Bedout S. A. Bogotá, 1972.
- QUEVEDO, Numa. Sucre y la Cultura. Editorial Artegrafía, Caracas, 1974.
- BUENAVENTURA, Reinales. El Asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre. Imprenta Eléctrica. Bogotá, 1911.
- RESTREPO CANAL, Carlos. Sucre estadista y diplomático. Revista Fuerzas Armadas de Colombia. Volumen XI, números 32 y 33.
- RUMAZO GONZALEZ, Alfonso. Sucre. Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela. 1980.
- SHERWELL, Guillermo. Antonio José de Sucre, gran Mariscal de Ayacucho. Reproducción Fascimular Edición Inglesa - Washington 1924.
- PUYANA GARCIA, Gabriel. General - ¿Fue asesinado Apolinar Morillo? O la trama de una ignominia. Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia Colombiana de Historia. Volumen No. 732 - Editorial Kelly 1981. Bogotá.
- LEMUS GUZMAN, Antonio J. Obando de Cruz Verde a Cruz Verde. Premio Nacional Guillermo Valencia 1956. Popayán - Imprenta Departamental del Cauca. 1956.